

Decisión difícil

La postmodernidad ha tatuado, entre sus muchos caracteres, una tal indecisión en el ser humano, que la constituye como una de sus características más significativas. No nos comprometemos, no nos decidimos. Nuestros compromisos están marcados por el signo de la temporalidad, de la fugacidad. Son pasajeros, momentáneos. Lo definitivo, lo perenne, se ha vuelto exotérico, pieza de museo. Prima el momento y su placer.

Josué quiere comprometer a su pueblo con una decisión de alto voltaje: Sirven al Dios de la liberación o vuelven a la esclavitud. Juega la memoria como aliciente, punto de referencia determinante. Y el ejemplo como la definición última: “Yo y mi familia” nos decidimos por el Señor. Y el Líder arrastra, mueve al pueblo. Una decisión tan difícil para el pueblo, pero tan concreta para quien contagia con su ejemplo.

La decisión primera en el encuentro de un hombre y una mujer que quieren formalizar, en romance eterno, la fiesta de su vida, está en el amor. Hoy esta decisión ha tomado características de ‘juego’, de ‘hacer el amor’, de un ‘flirteo’ que deja todo en la superficialidad, en los complejos de superioridad. Si el amor no es una decisión definitiva, entonces, convierte en victimarios a quienes así lo practican.

El discipulado es una escuela de decisiones. No siempre fáciles. Los apóstoles lo experimentaron varias veces. Y entre quienes seguían a Jesús, muchos optaron por la vía fácil de irse tras sus comodidades e ideologías. Pedro anda de tumbo en tumbo en este camino. Ya en su recta final, tras un examen sobre el amor, acepta, como decisión final, la cruz, sello extremo del amor.

Cochabamba 23.08.15

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com